

**EL PRIMER BURLADOR
Y OTROS DON JUANES**

Enrique González Rojo Arthur

1997

EL PRIMER BURLADOR

I

Aracne

En la ventana sucia se fractura el cielo.
Mis ojos se inhiben, pierden espacio
y me quedo mirando una araña minúscula,
rodeada de su propia fantasía,
manos a la obra en su milagro,
a la que alucino como metáfora del poeta
que tiende su inspiración para capturar
o llevarse a su rincón geométrico algunas de las imágenes,
aturdidas, zumbadoras y de alas despellejadas,
que revolotean a su alrededor.
En la telaraña diviso,
meditando en su imposibilidad de escapatoria
dos o tres moscas y alguno que otro insecto
de infinita melancolía que,
acompañados de mi atención,
también apresada,
se hallan a la espera de los pasos fatídicos
del arácnido.

Me viene entonces a la mente

el experimento de un hombre de ciencia
que introdujo LSD en el peludo cuerpecillo de una araña
que no había conocido hasta entonces
más que la apolínea ebriedad de lo ordenado.
El resultado fue sorprendente: la bestezuela,
hilandera del caos,
empezó a generar
telarañas de inspiración asimétrica,
versificación irregular, desplantes vanguardistas,
dibujos sin cánones académicos.
Y se revolcó en los aires con la fantasía
hasta hallar que la diferencia entre un artista y un artesano es la
locura.

Pero a continuación, y sabe Dios por qué,
accedió a mi memoria el nombre de **Aracne**,
obrero nacida en Colofón,
famosa por sus tapices y bordados
y que había adquirido la habilidad
-tras de suslésbicos devaneos con no sé qué musa-
de emplear con mano maestra el huso y la lanzadera
y de tejer más que con hilos,
con pedazos de belleza,
vivencias de espectro solar,
poesía lírica de contrabando,
miradas recién nacidas,

trazos sabuesos en olisqueo de la perfección.
Gran número de individuos del pueblo

o de las comarcas circunvecinas
acudían a rendir pleitesía al portento,
reverenciar la mano derecha de la artista,
darle gracias a los rayos del sol
que se enredaban en amores con los dedos de la orfebre.
Y esto acabó por hacer que **Aracne**
se codeara con el engreimiento
-la escalera de los pobres de espírituviera sobre sus hombros,
desdeñosa,
la lluvia caída desde el cielo,
se burlara de las costuras interiores
que oculta lo sagrado
y se llegara a creer dueña del mapamundi del Olimpo.
Pobre ilusa: mujer desubicada que soñaba
combatir el mismísimo cosmos
desde uno de sus granos de polvo.
Tuvo entonces la pretensión de medir sus habilidades
con la misma **Minerva**,
que había sido ni más ni menos que la inventora de la escritura,
la pintura y el bordado.
La deidad, con la confianza que da ser parte
de un triángulo amoroso con la verdad y la belleza,

además de poseer unos ojos de búho a la pesca de secretos
y una mano de diosa,

consintió en el duelo,
fijo el día de su celebración,
y empezó a darle consejos y recomendaciones a su diestra.
Todas las apuestas se fueron del lado de la diosa
-¿cuándo se ha visto que lo efímero
le gana a las vencidas a lo eterno?--;
pero al final de la competencia
quien salió victorioso y enriquecido
fue lo inesperado.

El tapiz de la diosa era de indudable belleza.
No en balde la deidad,
antes del concurso,
había ido con el ocaso,
los ríos, las montañas y la selva azotada por los vientos
a preguntarles cuál era su secreto
para hacer que los espectadores se sintieran pequeños y amedrentados
frente a los rugidos de la belleza.

Pero el tejido de **Aracne** logró que la perfección,
de común inalcanzable y huidiza
(por el hormigueo incesante de sus pies alados),
cayera prisionera de la trampa de sus trazos precisos

y sus ademanes inéditos y originales,
quedando detenida,
estancada y perpleja, en medio del tejido.
El tapiz de **Aracne** presentaba

diversos momentos de la vida amorosa de **Júpiter**,
admirablemente compuestos,
ubicados en la gloria de la perspectiva
y bajo el celoso cuidado de los colores.

En un sitio representaba a Asteria
forcejeando con el dios que asumía
la forma de un águila que aleteaba sus urgencias.
En otro, presentaba a Europa,
con su cuerpo de apretada leche vacuna,
arrebatada por **Júpiter**...un **Jupiter**
convertido en un toro de nerviosa virilidad,
semental de la libido,
que partía plaza por el océano hacia la isla de Creta.
En uno más, enseñaba a **Leda**
enamorada de un cisne que era la barquichuela de Cupido
tripulada tan sólo por la sierpe insidiosa de su cuello.
En medio, develaba a **Alcmene**,
la madre de **Hércules**,
a la que **Júpiter** engañaba poniéndose los gestos de **Anfitreón**,
sacados de su vestuario de gestos y ademanes ajenos.

Abajo, en fin, realizaba a **Dánae**,
clausurada en su torre,
sintiendo, resintiendo y consintiendo
cómo una lluvia de oro o un surtidor de semen
-la más original de las metamorfosis de **Júpiter**-
salvaba muros,
la vigilancia, los vestidos y las resistencias...

Los celos y la envidia fueron en pos de la mano de **Minerva**,
la irguieron hasta la altura en que fructifica la amenaza,
la erizaron de púas,
le dijeron ave de rapiña y la llamaron guerra.
Furiosa, desquiciada,
venida a energúmeno,
la deidad desgarró (una vez y otra y otra,
repitiéndose a sí misma, como una tempestad en una sala de espejos)
el bordado de **Aracne**,
tras de lo cual,
sin dar respiro al caos,
golpeó el rostro amedrentado de la tejedora
con la actitud tiránica de quien había jugado de niña a las muñecas
con el buen humor del rey de los dioses.

Júpiter fue siempre víctima de los celos:
cuéntase que, de cuando en vez,
se escuchaba por todo el Olimpo

el alarido que esta pasión despertaba en **Juno**,
su consorte,
sabedora de la lujuriosa antena de su marido
y de la melómana atención que lo embargaba
ante el canto de sirena,

entonada por la infidelidad,
que le insinuaba al dios
la interminable galería de aventuras...

Los celos embargaban también a la hija,
enfurecida sobremanera
cuando caía en cuenta de que su padre
no se dedicaba a hacer, como **Hércules**,
trabajos heroicos (regalándole sus músculos al pueblo)
sino periplos voluptuosos
y andanzas concupiscentes.
Y cuando sabía que los besos y caricias
que le tatuaban las mujeres,
las ninfas
y las diosas a su padre,
volaban hasta su propia piel y ahí se infectaban,
se enconaban y se volvían
heridas purulentas hasta originarle el mismo ardor
que convertía a **Juno**,
la esposa de su padre

en la loba que emitía los aullidos,
las estridencias de alma,
que habían terminado por hacer
la música de fondo del Empíreo.

A **Juno** también la invadía
la tristeza por el bien ajeno.

La admiración involuntaria y plena de ponzoña
por el tejido de **Aracne**,
le destejía el alma,
le enmarañaba los sentimientos
y le llevaba a perder la compostura
propia de una diosa de la sabiduría,
al permitir que saliera a la intemperie
la erinia cancerosa que escondía en sus entrañas.

Aracne, humillada, disminuida,
devuelta al redil de los mortales,
al sentir la arbitrariedad vengativa de la diosa
en carne y obra propias,
buscó un sitio donde ahorcarse,
una percha,
un saliente,
una rama de árbol
en que depositar su último suspiro.

La diosa tuvo escrúpulos.
Una lágrima empezó a redondearse en uno de sus ojos
y estuvo a punto de quebrar su fortaleza.
Su corazón se transformó de golpe
en un sinónimo de la palabra **lástima**
y le hizo bajar la vista
como si algo tristísimo estuviese ocurriendo
en la punta de sus pies.
Alzó la mano,
hizo una señal extraña
y envió varios ademanes invisibles
-u órdenes en mágica mensajería-
que llegaron a **Aracne**,
suspendieron su intención de suicidio
y la convirtieron en una araña diligente,
trabajadora, voraz
(tejedora de su delirio de grandeza)
y, como lo demuestra cualquier telaraña,
dueña por los siglos de los siglos,
con todas sus descendientes,
de las aptitudes excepcionales
que siempre había poseído
y que un día le permitieron pavonearse de felicidad
al tener a una diosa bajo el pie.

II

Incesto en el Olimpo

A veces las diosas se ven obligadas,
quiéranlo o no, a dar a luz.
En el Olimpo no es posible interrumpir el embarazo:
sería hacerle trampa al destino
-el dios de dioses-,
bajar la guardia frente al caos,
descontinuar la carrera de relevos de lo divino.
Una revelación: el aborto está prohibido
en el reino de las deidades:
se castiga a la progenitora volviéndola estéril
-transformándola en portento sin futuro,
sin el órgano reproductor de la inmortalidad-
por el crimen de haber impedido a su vástago
pisar tierra en algún sitio de lo eterno.

Rea fue cubierta por Saturno y éste,
que era el dios del tiempo,
le regaló nueve de los meses de un año para que,
durante ese período,
en una meditación de todo el cuerpo,
consintiera en ser madre:
Rea, que dio nacimiento a Júpiter en el monte Liceo,

a la hora de parir creyó que lo único que estaba dando a luz era dolor, sufrimiento interminable, trauma de tiempo.

Mas de repente, en un claro del tormento,
sintió descender de entre sus piernas
al monarca de los cielos,
al pináculo del ser,
al **primer burlador** de nuestro mundo.

Saturno no deseaba ese nacimiento.

Y es que Urano, su padre, al momento de fallecer,
le profetizó a su heredero que uno de sus hijos lo destronaría.

Y él, cuando supo del alumbramiento de este nuevo retoño,
se agarró a dos manos de su corona y tomó la decisión
de realizar un verdadero genocidio de herederos.

Su forma de llevarlo a cabo fue zampárselos,
engullir la amenaza,
ahogar el tramo final -el cumplimiento- del augurio.

Con esta teofagia preventiva,
se imaginaba transferirle a su cetro
el don de inmortalidad que poseía.

Pero Rea, se hizo de una piedra
del tamaño de Júpiter recién nacido,
le cantó una canción de cuna,
hizo que por algunos de sus poros
suspirara o emitiera mendaces chillidos
y envolvió a la fantasmal criatura en unos pañales.

Saturno, en su canibalismo compulsivo y todopoderoso,
engulló la piedra,

se relamió el apetito y hasta creyó discernir
en las papilas de su apetencia
los sabores inconfundibles de la carne de hijo.

Ello permitió que Júpiter,
conducido por su madre,
hallara los tesoros de la fuga,
fuera a campo traviesa,
se escapara de los ojos,
las manos y los dientes de Saturno,
y llegara a un recóndito paraje,
al que bautizaron “A salvo”,
en honor de lo acaecido,
y en donde la cabra Amaltea abrió,
con generosidad de madre,
los grifos de sus ubres
para blanquear los entresijos del pequeño
cada vez que el hambre
y su puntualidad también hambrienta
lo atenazaran. Y así pasaron los años,
y él fue ascendiendo por sus meses,
por los peldaños del crecimiento,
hasta dar, en menos que canta lo efímero,

con su propia juventud y belleza,
vigor y entusiasmo.

Pero también le crecieron los ímpetus,
su pasión secreta por la pasión,
su embriaguez de caderas,
su sueño de tener algún día la mejor colección de pezones del Olimpo,
su atropellamiento de los otros,
su arbitrariedad vuelta ley sin excepciones,
su acosar (o tratar como cosas) a las náyades,
las mujeres y a las diosas,
sus iguales,
a quienes el título de divinidad en nada protegía.

Rea no quería que se matrimoniara
o se subiera, atropelladamente, a cualquier tálamo a perder su virginidad,
creara una prole funesta.
Lo rodeó, pues, de prohibiciones,
lo puso en un corral de pellizcos,
lo convirtió en una criatura maniatada
por todo tipo de principios,
mandamientos o moretones.

Pero él vivía la lozanía de sus hormonas,
apetitos, urgencias.
Sintió de pronto el deseo de cohabitar, hújole, con su madre.

Vio sus caderas moviéndose,
adivinó el golpeteo lujurioso de sus muslos al caminar,
adivinó su vientre y tuvo nostalgia de terruño.

Podría quizás haberla seducido,
pero el deseo (buscador de tesoros hundidos en el océano)
era tan imperioso,
acuciante y entregado al calvario de la urgencia,
que intentó más bien hacerla suya por la fuerza.
Ella se dio cuenta de sus intenciones.
Se maldijo a sí misma por haber engendrado
y salvar de la muerte a tamaño monstruo
y tuvo un arrepentimiento del tamaño
de una piedra en posición fetal al interior de unos pañales.
Recordó de pronto sus poderes
¿no era acaso esposa de **Cronos**,
como le llamaban los helenos?
Y cuando Júpiter tendió los brazos para urdir su crimen
y entrar al paraíso personal que habitara en lo pretérito,
ella, zás, lo convirtió en una serpiente macho:
abruptamente lo obligó a cambiar de piel:
a dejar de ser el todo para devenir la parte...
Y el áspid, tan erecto como venenoso,
no sabía qué hacer ni dónde esconderse.
Mas de pronto Júpiter también rememoró sus poderes
-o lo que tanto vale: su potencia sin desmayos-

y convirtió a la autora de sus eternidades
en serpiente hembra.

Y entonces se entrelazó violenta y apasionadamente a ella,
como si se tratara del forcejeo de dos fronteras,
dos estrías, dos ímpetus,
hasta que, consumado el acto,
los dioses, ganados por la fatiga,
comprendieron que el incesto,
lejos de ser un tabú -la prohibición superlativa-
había quedado consagrado en el Olimpo.

Espérenme, algo quiero aclararles antes de terminar:

Júpiter -o Zeus, el griego- es el auténtico Edipo.

Mírenlo, si no: a sabiendas se deshizo
de su padre y pretendió, chorreante de lujuria,
una vez y otra vez desnacerse en su madre.

En cambio, el fruto de Yocasta y de Layo
aniquiló a su progenitor y recorrió

la misma galería de zonas erógenas maternas que Layo frecuentara,
con los ojos vendados,
ignorante al principio de su crimen de semen y de sangre.

Y aquí tenemos, pues, al primer burlador:

burlador de leyes y mujeres,
costumbres y diosas,
ninfas y principios morales.

La violación de la progenitora de Júpiter en manos de su vástago
causó estupefacción en los cuatro puntos cardinales del Olimpo,
y el escándalo se puso a ladrar en todas sus plazuelas.
Y eso que tal tropelía no era sino la número **uno**
de un catálogo sin fin de aventuras,
como corresponde a una divinidad que no tiene los días contados,
sino que se halla condenado
a pasar de una conquista a otra y otra
en la historia más galante
de las que acaecen en las comarcas de lo perpetuo,
donde los trámites de la seducción
son la única manera de matar el tiempo por los siglos de los siglos
y de convertir a la ferocidad del **tedium vitae**
en manso corderillo que se pierde de la vista,
con todo y nombre,
por los campos de la eternidad.

III

Júpiter y Europa

Europa, hija de Agenor,
tenía costumbre de acudir con sus compañeras
a pasear por la costa de Tiro.
Le gustaba contar las olas que llegaban a la playa,
para poder algún día hablarles a sus hijos del infinito
o simplemente para deleitarse
con el cuento de no acabar que Neptuno
contábale a la arena y que producía el insomnio de los caracoles.
El ganado de Agenor también era conducido con frecuencia
a retozar en este paraje,
tomar pastura fresca y llenarse
los ojos de nubes y de espuma
para que las vacas dieran una leche buena, cremosa, caliente.
Un día, recatada, risueña,
paseando a su hermosura entre cangrejos,
conchas y monstruos marinos escondidos
detrás de las palmeras,
la divisó Júpiter y sintió de golpe que Venus
le había secuestrado el corazón
y que pedía uno o a lo mejor dos cuernos
de la abundancia por su rescate.

Se quedó meditando: “dos cuernos de la abundancia por hacer que mi corazón torne a su sitio”.

Y cuando esto decía, y descubrir cómo Europa se complacía jugando con vacas y terneros,

tomó una decisión:

transformarse en toro y sumarse al ganado de Agenor.

Era un bello toro, blanquísimo

(con una blancura de dientes de niño negro),

fuerte, ágil, dueño de una piel sedosa

que atraía a las caricias como la almohada,

construida por Morfeo,

imanta las sienes anhelantes de olvido.

Tenía además un bramido que sonaba

como cuerno de caza enternecido y quejumbroso

y hacía que los mortales y los inmortales

quisieran sentarse en torno de él

a escuchar su concierto de mugidos.

La joven Europa se prendó del cornúpeta,

le dio a comer flores

y llenó de guirnaldas su testuz y su cuello:

era un toro galante,

ornamentado con traje de luces,

un regocijo de carnaval,

un rincón de arrumacos,
brochazos de caricias,

abrazos en el cuello y besos delicuescentes por doquier.
El toro dobló las patas traseras,
dulcificó con un pianísimo bramar sus malas intenciones,
acercó sus criadillas al humus de la vida
e invitó con su movimiento a que Europa se subiera a su lomo.
Ella, seducida, abrió las piernas
y subiéndose al animal para cabalgarlo,
añadió a la cordillera del espinazo taurino su pequeño,
pero húmedo y ardiente,
montículo de Venus.

La bestia, con tan soberbia carga,
se aproximó al mar,
olfateó las espumas en salmuera,
le guiñó un ojo a Neptuno
y echó a correr vertiginosa,
intempestivamente y sin volver los ojos
hacia el hueco que Europa había dejado,
diluyéndose, en la playa.

Nave de carga de cuatro remos,
volvió los ojos al cielo,
se guió por la constelación de su pertenencia,
navegó durante largo rato y captó finalmente,
con su instinto de orientación,

las luces, eficaces y amorosas,
que provienen del pastor luminoso
que, desde su torre, clama en la oscuridad por sus ovejas.
El toro y su conquista lograron llegar entonces
a la isla de Creta.
Júpiter podía por fin cantar victoria,
deshaciéndose en mugidos.

A esto, Europa había abierto los ojos
y su entusiasmo por el toro se había vuelto
agua de mar entre las manos.
Se podría afirmar que había tornado en sí,
se había bajado de la cama y del sueño,
y se decía desesperada:
¡Ah si pudiera deshacerme de esta bestia execrable!
Deseaba golpear al animal,
destruir sus cuernos y que sólo quedara de ella,
cabalgando en la espalda del astado, su desprecio.
Eso deseaba. Pero Júpiter volvió a las andadas:
quien entró una vez al paraíso
no está dispuesto a dar marcha atrás,
aunque la súplica se desgañite.
Se transmudó entonces en águila.
Decidió enfrentar la conquista de una mujer
(que, a decir verdad, vivía hospedada en el tuétano de sus huesos),
desde diferente óptica: desde la del águila,

desde el pájaro estratega que no adivina lo lejano,
sino que lo acerca en sus pupilas.

El águila además aventaja en algo al toro:
luce unas enormes alas,
capaces de medir la atmósfera e igualmente
de encerrar a una mujer, y ponerse así,
con ella, a conversar del cielo.

De este modo, pudo Júpiter poseer al fin a Europa.
Burlarla y poseerla.

Y hacer también que el cuerpo femenino,
enlazado al del ave,
sintiera en su interior aletear un orgasmo
como un águila hembra nacida en sus entrañas.

No se quejó ya entonces.

Venus se aproximó a su oído y la calmó diciéndole:

“¿Tal vez ignoras que eres la esposa de Júpiter?”.

Y a continuación pasó a puntualizarle
que el toro primero y el águila después,
que habían bramado y aleteado junto de ella
en busca del deseo femenino,
no eran sino metamorfosis de Júpiter.

Venus le anunció además que toda esa extensión de tierra
que se encuentra frente a Creta,
al este y al oeste, llevaría su nombre.

Eso la consoló definitivamente.

IV

...y Dánae

Muchos y admirables eran los atributos de Polidecto,
rey de la isla de Serifea.

Como al sol, la gente no podía verlo de frente:

y es que el deslumbramiento pone párpados de luz a los curiosos.

El monarca, sin embargo, temiendo que el brillo de Perseo
opacara el suyo

-pues Perseo antes de participar en cualquier competencia
seducía a la victoria-,

le procuró la difícil obligación de dar muerte a la Medusa.

Tal empresa incluía el desfiladero de los riesgos

ante el hambre voraz y permanente del precipicio,

más el relampagueo de la amenaza

y el castañetear del miedo.

Era algo así como la síntesis -o nudo de escorpiones-

de los trabajos de Hércules

o el escenario en que el primer actor

eran el peligro de muerte y sus largos y espantables monólogos.

Perseo fue provisto de un escudo que le obsequió Minerva,

una espada que le brindó Mercurio

y un casco que le hizo llegar Vulcano.

Con esta triple manera de apuntalar la astucia

y evitar al valor desplantas temerarios y suicidas,
se presentó en la gruta en la que escondía la gorgona
su cuerpo horripilante y su cráneo venenoso.
La Medusa se hallaba sumergida en el sueño,
como también las serpientes que conformaban su cabellera,
la cual, lejos de hallarse erizada y amenazante,
a esa hora caía lacia y plácidamente sobre sus hombros.
El mayor peligro era que el monstruo abriera los ojos
y, como siempre, petrificara sus alrededores:
Minerva no sólo había convertido sus cabellos en áspides
y su piel de blanco terciopelo en escamas
-con el propósito de que toda caricia, asustada, huyera a deshacerse-,
sino que le había dado a sus ojos la virtud
-o mejor la condena de infierno anticipado-
de convertir en piedra todo lo que,
animal o vegetal, viviente o inánime,
se arriesgaba a hacer acto de presencia
frente a su granítica atención y su vista lapidaria.
Perseo se arremangó el empeño,
blandió su espada,
cercenó la atmósfera
y dividió en dos partes a la Medusa:
en un lado quedó, brincando en la tierra,
un escamado tronco de pez en río de sangre
y, en otro, un nidal de ponzoña ensortijada.

La cabeza de la gorgona pasó del sueño a la nada,
sin la estación de paso de la conciencia,
sin vivir el colapso de su cambio de noche.
Su muerte,
cuando al filo de la espada se encaramó su último segundo,
fue un dormirse del dormir
o, si se prefiere,
un dormir que se devora para siempre a su despertar.
Perseo colgó la cabeza de la Medusa en su escudo.
Se la había ganado. Era su trofeo.
La tétrica encarnación de su orgullo.
La escala para hacer que su nombre subiera hasta el renombre
y desde ahí como fuego de artificio
dejara en todas partes su reguero de letras.
Los laureles circundaron su frente
y la gloria empezó a hacer los trámites para inmortalizar su brazo.
Polidecto sufría: la proeza era un rayo más de luz
en el sol sin ocasos de Perseo.

Pero el héroe no fue derrotado por la fatiga.
Sus músculos no decidieron que ya era hora de reposar
y adormilarse en apacible ablandamiento.
Había algo más que hacer.
Poner manos al designio de los Hades.
Libertar a su madre que continuaba
sufriendo el cautiverio de Polidecto.

Y aquí también salió triunfante.
La aleación de plata y valentía de su espada
-convertida en pesadilla de tiranos-
lo llevó a apoderarse del reino
y a sentar en el trono a su victoria.
Pero ¿de dónde provenía este hombre
de corazón gladiador?

¿Qué nido de águila fue su nido?
¿Qué vientre dio cobijo al prólogo de células
de su andar por el mundo?

Dánae era la hija única de Acrisio, rey de Argos.
El rey vivía angustiado desde que el oráculo
le había predicho que moriría en manos de su nieto.
¿Por qué de vez en vez se tapaba los oídos?
Porque se imaginaba que cualquier golpe de viento
era el chillido de su descendiente.
Las cosas podrían ser así:
su hija, como potro de alabastro, sería cabalgada por un gañán
que se desfogara en ella
hasta sembrarle en las entrañas un embrión de asesino.
El nieto se llamaría mala suerte,
último momento,
maldición anunciada,
asfixia.

No, no lo podía consentir.

No pensó devorarse a su hija como Saturno
-nunca le pasó por su mente de monarca civilizado
la tan suculenta como depravada idea
de un canibalismo incestuoso-;
pero se decidió en cambio
a encerrar su belleza en una torre de bronce
y sustraerla así al merodeo de los chacales de gusto refinado
y a los aullidos de la carne pretendiente.

Todo parecía favorecer a Acricio.

No sólo su hija estaba recluida en una torre con una única puerta
cerrada a piedra y lodo
y una sólo ventana,
sino que, en el interior de la joven, había también otra torre:
la de su decisión inquebrantable
de no dar su virginidad a torcer.
Ser la cancerbera de sus hormonas.
Si la torre exterior era difícil,
hecha con un bronce insobornable
y con un guardia para cada uno de sus intersticios,
la interior, construida con ladrillos de recato
y votos de pureza,
era sin más ni más inexpugnable.
Acrisio se vanagloriaba
de haber amordazado al oráculo:

ningún nieto podría venir al mundo a conspirar contra su pulso,
ni a argumentar que es Tánatos
el talón de Aquiles de Eros.
Se hallaba, pues, seguro,
calmo, sin inquietudes
y hasta lograba dormir en su propia confianza a pierna suelta.

Pero Júpiter había divisado un día a Dánae.
La había visto una sola vez.
Pero ello le había bastado.
Su corazón primero, su sangre después
y por último todas y cada una de las partes de su cuerpo
se vieron impregnadas de la presencia ausente,
la hermosura, la gracia,
la concupiscencia recoleta de la hija de Acrisio.
Como si el sol se hubiera refugiado en las nubes,
para madurar ahí su decisión de arrojarse a la tierra,
se convirtió en una lluvia de oro,
con el objeto de burlar la vigilancia de los guardianes,
la protección de la torre
y el cuidado de la reticencia.
Burlador de las puertas y las honras,
Júpiter se deslizó por la ventana,
deslumbró a Dánae,
la subyugó con sus ademanes de metal precioso,
le bajó la guardia, los escrúpulos, la ropa interior,

le deslizó también un “mi amor” con su tintineo de brillos y kilates
y, en un recodo del descuido,
supo penetrar por donde había que hacerlo
y repetir el acto el número de veces indispensable
para lograr entre ellos el más amarillo de los orgasmos
que registra la historia.

Al nacer Perseo, Dánae no pudo ocultar el fruto de sus entrañas,
el nieto peligroso,
el niño que iniciaba,
gateando,
la jornada que habría de cumplir,
a la edad preestablecida y a la guadaña en punto,
los fonemas del oráculo.

Acrisio, temeroso de nuevo,
la sacó de la torre y la abandonó con su hijo
en una barquichuela al capricho del mar,
a sabiendas de que Neptuno
habría de soltar a poco su jauría
de bestias espumosas y asesinas,

lo que aseguraba el naufragio del designio.
Pero la barquichuela -con el arte de navegación
que posee toda cáscara de nuez-
encalló en la isla de Serifea,

donde madre e hijo fueron,
sin la red consabida,
la unisitada pesca de un marino asombrado
que los llevó ante los ojos de Polidecto.

Días después, cuando Perseo
había ya dado muerte a la Medusa y a Polidecto,
y tomaba parte en los juegos del lanzamiento del disco,
hizo que uno de los artefactos se desviara,
sin querer, de su ruta,
y pusiera fin a la vida de Acrisio.
La fatalidad tiene el vicio de ser inexorable.
No consiente excepciones.
No hay arrepentimientos, ni frenos, ni sorpresas.
¿Quién iba a decirle a Júpiter que aquella lujuria
que, con pretensiones de enredadera, lo rindió a Dánae
no era sino una dulcísima y dorada
argucia del destino?

V

...y Leda

Tíndaro, rey espartano, amaba a su esposa,
pero más que nada a la fidelidad de su esposa.
¡Qué trabajo le costaba espantar a manotazos
las moscas de los celos que revoloteaban en torno
de su enmielada inseguridad!

Tíndaro sabía que Leda contaba con un gran número de admiradores,
pues cuando su mujer se presentaba en público,
muchos palidecían,
otros pergeñaban versos lacrimógenos
y algunos sentían una borrasca de latidos en su pecho.

Tíndaro odiaba a aquello que ocurría
o podía ocurrir a sus espaldas.

A todo lo que se movía en la oscuridad
-fuese un ratón, un rechinado o una tristeza-
le atribuía pretensiones de conspiración.

Por eso tenía a su servicio un número importante de espías,
dedicados a ver quién se escondía detrás de los árboles,
debajo de los puentes
y, en compañía de sus malas intenciones,
detrás de una máscara sonriente y amistosa.

Pero hubo algo que permaneció en las galerías de lo invisible
o a la espalda del rey:
que Júpiter divisó un día a Leda,
se le retorció quién sabe qué músculo del corazón,
y se quedó prendado de ella.

Esto no le pasó por la mente al rey,
quien no obstante no dejó de dormir tranquilamente,
con su triángulo amoroso de costumbre
(él, su esposa y su almohada)
y con un sueño sereno sin los sobresaltos y pesadillas
que convierten la cama del durmiente en cama de tortura.

Júpiter sabía que él sería rechazado por Leda;
conspiraban en su contra:
la desconfianza que provocaba en una mortal
tener deslices con la inmortalidad,
su mala fama -llevar de corazón una veleta
que no podía enamorarse de un solo punto cardinal-
y, más que nada, la virtud de Leda
que en ninguna circunstancia estaba dispuesta
a dar su brazo y sus promesas y su monogamia a torcer.
Pero al dios libertino jamás lo detenía un *no*:
el rechazo era un antídoto contra sus indecisiones.
Las reticencias o dudas vaginales de su asediada,
despertaban la voluntad de dominio de la boa que,

después de haber tenido el largo sueño
de asimilación de otra conquista,
despertaba y volvía a las andadas.
Júpiter, conociendo los gustos refinados de la joven
-le encantaban los caracoles
que se aprendían de memoria los poemas del mar,
los saltamontes que eran como alpinistas sin montaña,
los erizos y su puesto de alfileres en venta,
los delfines como olas que pasaban al estado sólido-,
se transformó en el animal
que podía atraer la atención y el cuidado de la dama.

Pero Leda le era fiel al monarca.
No tenía la menor intención
de establecer un amasiato entre alguna de sus células
y uno de los galanes que la merodeaban.
Ni pensar en ello.
Para distraerse tenía damas de compañía,
mucamos y muchísimos juguetes.
Y en su jardín un estanque donde,
a su desgracia,
brillaban por su ausencia todo tipo de ánades y pájaros acuáticos.
Ahí se presentó Júpiter metamorfoseado en hermosísimo cisne
que alargaba “el cuello lentamente /como blanca serpiente
/que saliera de un huevo de alabastro”.
Era un animal caído de la vía láctea,

limpio, manso, insinuante
que se acercaba a ella (navío con dos galeotes)
en cuanto la divisaba.

Se aproximaba a ella,
la dejaba acariciarlo,
frotaba su cuello en el cuello de la dama,
se alejaba a veces
-a la distancia exacta en que iba a ser extrañado-
y volvía rápidamente al corral de la caricia.

El cisne fue convirtiéndose en cotidiano,
juguete delicioso, imprescindible.
Ella se descubrió teniendo una obsesión desconocida por el ave.
Éste bogaba en la conciencia de Leda como idea fija.
Y todo empezó a parecerle gris,
si no es que negro, cuando le faltaba
la blancura emplumada y navegante de su embrujo.

Y sucedió lo irremediable: ambos,
Leda y el cisne,
la esposa de Tíndaro y el rey de los dioses,
se fueron a la parte más escondida del estanque
y empezaron a intercambiar confianzas y atrevimientos.
En los escauceos, Júpiter creyó ver fugazmente en su amada
la reencarnación de su madre

ya que, en cierto momento, su brazo y el cuello del cisne
se enroscaron apasionadamente
como dos serpientes
que logran su plena satisfacción en el nudo del amancebamiento.

Al calor de la entrega,
por su lado, la mujer columbró,
en una visión relampagueante,
una divinidad espectral a horcajadas en el cuerpo del cisne,
con el cuello del ave enhiesto y erguido,
ondulante y lujurioso,
saliendo y penetrando en su entrepierna.

Júpiter y sus conquistas

La postergación del acceso a la dicha
o a alguno de sus suburbios,
trae consigo un displacer que arroja a los dioses y a los hombres
a la persecución febril
de bocas entreabiertas
para saborear infracciones,
alientos perfumados por la anuencia,
senos que se hallan siempre tarareando su canto de sirenas bajo tela
y muslos que cultivan la temperatura que enloquece a las manos.
La rapidez y la frecuencia de la conquista,
y también, qué duda cabe,
la delicia de doblegar un desdén, sortear una indiferencia,
y entrapar un descuido,
son los ingredientes o el combustible que hace andar,
sin frenos, ni descansos, ni indolencia en la sensualidad,
la maquinaria de la seducción.
¿Que hay dolor en esto? ¿Que al lado de las flores,
el garfio no se cansa de entonar su romanza de verdugo?
Sin duda. Júpiter era un dios doliente,
dedicado, de eternidad completa,

a sacudirse el infortunio,
rasparse la inconformidad,
endulzar sus llagas.

Su lucha a brazo partido contra el dolor
podía llevarse a cabo porque el rey de los dioses
dominaba todos los cánones y su epílogo de secretos
del **Ars amatoria**.

Las metamorfosis de Júpiter no eran sólo
la manifestación de una fantasía todopoderosa,
encarnación de la **poesis**
y risa loca frente a las leyes naturales,
sino la mejor forma de hablarle a la ilusión,
los deseos inconfesables,
las crisis de mediocridad de las mujeres.
Que Europa, víctima de una epidemia de decoro,
organiza en su fuero interno una orgía de deseos,
Júpiter lo advierte
y corre a transformarse en un mamífero musculoso y encornado que,
con todos sus sentidos en brama,
se presenta como inquieta pregunta
que busca por su olor una respuesta.
Que Dánae, apresada en la soledad enaltecida de su torre,
sueña en un imposible:

darle hospedaje a una materia fantasmal
 y que el pecado se disfrace de inocencia,
 Júpiter sabe de ello
 y, caída de quién sabe qué veta riquísima de las nubes,
 se metamorfosea en lluvia de oro.
 Que Leda, en fin, esclavizada por el matrimonio
 y enamorada incluso de su carcelero,
 sueña con ver a veces una de sus fantasías o perversiones deslizarse,
 en chapoteo concupiscente,
 por el lago de su jardín,
 Júpiter toma nota y se convierte en cisne
 donde el esbozo fálico halla su pedestal
 en un cuerpo cualquiera.

El género de la **pornografía celestial**
 se podría enriquecer notablemente si se escribiera
 el folletín de entregas de la **Vida y obras de Júpiter Tonante**, vida
 imposible de redactar,
 sin embargo, y más aún de leer,
 por dos circunstancias que no se pueden olvidar:
 primera, porque Júpiter es inmortal
 y aunque ya no se hable de él
 -porque ahora hay criaturas sobrenaturales
 más protagónicas en el cielo-
 sigue haciendo de las suyas en la cara oculta
 de la galaxia en que vivimos.

Segunda, porque el posible biógrafo del dios,
probablemente un humano y, por consiguiente, con las horas contadas,
si se propusiera dar cuenta y razón de lo incontable,
podría posar los ojos únicamente en un tramo reducido
de la vida de Zeus Cronida,
que es el nombre de nuestro personaje entre los griegos antiguos,
y dejar de lado las innumerables aventuras galantes
que tendrán lugar en el Empíreo
después de que el pobre mortal,
metido a biógrafo,
vomite su finitud en la almohada de su lecho mortuario.
Algo es posible hacer, no obstante.
Pero hay que dejar oscuro el borrador y la intención clara.
Pornografía celestial, sí.
Pero en grande, sin remilgos y pudicias humanas.
No encerrada en la alcoba de la discreción
y en las holandas del secreto,
sino proclamada,
a ocho columnas y a los cuatro vientos,
en el cielo, el infierno y en todo lugar.
Júpiter no sólo tuvo relaciones carnales con Europa, Dánae, Leda,
y no sólo se disfrazó de toro, lluvia de oro o cisne
para hacerlas suyas y penetrar donde no lo llamaban.
O a lo mejor sí.
La lista de sus conquistas

-diosas, mujeres, ninfas, náyades o titanes hembras-
fue enorme: un catálogo erótico y sobrenatural
interminable que sólo podría estar hojeando
-así en gerundio de eternidad- el infinito.
Pero daré otro ejemplos.

Júpiter y Alcmena

Júpiter enamoró a Alcmena

-que estaba ligada nupcialmente con Anfitreón

y que era incapaz de rendirse a ningún otro que no fuera su esposo-presente

(¿cómo qué? ¿Como llama viva, serpiente, toro, codorniz?

No, sino como...) su mismo esposo,

con las facciones, los ademanes y las palabras de su marido.

Estratagema genial,

que le envidiarán otros don Juanes

al rey de los dioses.

Júpiter logró que Alcmena le fuera infiel a su consorte

con la fidelidad a él,

porque ella soñaba de vez en vez que Anfitreón,

su dueño y señor,

sin dejar de ser quién era,

fuese a veces diferente,

que actuara como amante y abandonara la rutina

que brotaba de su modo de ser.

El dios tuvo comercio carnal con ella fingiéndose Anfitreón,

pero un Anfitreón con el atractivo de la diferencia

-que incluía uno que otro gesto de Júpiter-

que Alcmena anhelaba.

El coito fue tan glorioso,

placentero y atinado que dio pie a que,

en el tiempo consabido,

viera la luz Heracles,
el de la musculatura en pie de guerra.

...y Semelé

También Semelé fue conquistada por nuestro dios
y tuvo con ella un hijo famoso: Baco.
Hay que confesar, sin embargo,
que estos amores fueron trágicos,
porque Júpiter apareció ante Semelé
-por petición de ella, es cierto,
aunque presionada por la intrigante Juno-
con toda la majestad del Olimpo,
con toda,
lo cual,
aceptado por una divinidad
que tenía las manos en alta tensión,
quemó por completo el palacio de Semelé
y ella quedó convertida ahí en amante carbonizada,
un poco de ceniza sin orgasmos.

...y Latona

Júpiter también se prendó de Latona
y tuvo con ella a Apolo Musageta.

Latona no quería ni podía contraer nupcias
con algo tan descomunal y portentoso
como el dios de los dioses.

Ante él, ella se sentía como se sienten las hormigas
cuando ven de reojo las estrellas.

El dios comprendió de golpe los miedos de la muchacha
y se transformó en codorniz,

con alas puntiagudas y patas firmes
para un vuelo rápido y un caminar nervioso.

Mas Latona permaneció indiferente ante una avecilla
que despertaba más que el amor el apetito.

Le parecía un juguete, una minucia,
una caja de música monótona.

Júpiter había hecho un error de cálculo
y decidió enmendar su yerro:

la metamorfoseó entonces también en codorniz.

Y entonces ocurrió lo previsto:

las codornices se hallaron de su gusto,

se revolcaron en la arenilla del placer,

y Venus, a escondidas de Juno,

celebró lo acontecido con la copa en alto.

Otras conquistas

Júpiter tuvo que ver, en fin, con Mnemosine,
Egina, Asteria, Perséfone, Temis,
Eurinome, Némesis, Metis (titán hembra)
para no mencionar sino algunas de sus conquistas.
A veces se vestía de pastor
(y llevaba sus encantos como hato de borregos)
para sus labores de seducción,
como con Mnemosine,
con la que yació nueve veces
-en cada noche un óvulo salió a la terraza del atrevimiento
a deleitarse con algunas endechas inolvidables
cantadas por el esperma-
y con la que tuvo a las nueve musas.

Júpiter y Proserpina

Otras, se transformaba en serpiente,
como en el caso de Proserpina -la madre de Zagreo-
que antes de ser raptada por Vulcano
y ser una llamita (capaz de ser rescoldo,
humo, nada, a la primera crisis de llanto),
ya sufría ese hormigueo en la entropierna
que le hacía ambicionar oscuramente
ser poseída por un demontre venenoso,
reptante e insidioso, que, con toda sangre fría,
tomara posesión de la cavidad,
la gruta, el habitáculo de seda
que ella había estado adornando con la bienvenida
del consentimiento.

...Y Eurinome

Un día Júpiter se aproximó a Eurinome
vestido de actor de comedias,
con voz de bajo bufo y falsetes de bufón,
para hacerla reír.
Con el fastidio, el tiempo se torna doloroso.
Dejar de aburrirse es, por eso, tan imperioso como alimentarse.
Con las gracias de lo sobrenatural,
ella se rió tanto que lloró de felicidad,
y llenó por un momento de confusión a las lágrimas
que ignoraban hasta allí
que su destino consiste indistintamente
en humedecer lo lóbrego y lo esplendoroso.
Al reírse, ella relajó sus guardias
y, sin perder la alegría,
los gritos y jadeos del esparcimiento,
sintió abruptamente,
pasado en cierto modo de contrabando,
todo el semen del dios en sus entrañas.
No es raro, entonces, que Perséfone,
otro de los nombres de Proserpina,
diera a luz las tres Gracias,
que nacieron, tras las torturas del parto,
muertas de risa.

...y Ganímedes

Las prohibiciones eran la obsesión favorita de Júpiter.
Ante ellas, no le temblaba la mano
para largar una caricia,
improvisar una infracción,
regodearse en el escándalo.
Un día, su parte femenina
-la niña de sus ojos-
se prendó de Ganímedes, el garzón de Ida,
y a cambio de la promesa,
cumplida puntualmente,
de una eterna juventud,
convirtió al joven,
de hermosura insolente,
en el copero del Olimpo y camarada de lecho
(donde, vueltos uno, dieron vida
al monstruo concupiscente del pecado).
En verdad, nada divino ni humano
le fue a Júpiter ajeno: ni los amores perversos
con su origen
ni el intercambio de lujurias,
no con lo diferente,
sino con su cachonda analogía.

Su prole

La prole de Júpiter es algo significativo:
él no es sólo el padre de Hércules,
de Baco, de Cástor y Pólux, de Perseo,
sino también de las nueve musas,
las tres Gracias, las Cuatro estaciones,
los tres hados, y un etcétera de varios dígitos.
Todos son hijos del amor,
de la angustia diligente del todopoderoso,
pero no de un amor a tontas y locas,
de un amor espontáneo y sin sentido
-para la promiscuidad no hay ni retos,
ni dificultades, ni seriedad en la industria de la seducción.
Son hijos de una pasión amorosa
puesta al servicio de su **Ars amatoria**
y de la sabiduría de enhebrar
medios y fines,
premisas y conclusiones,
silogismos que terminan en la gloria del tálamo.

Júpiter y Metis

Algo importante es que a veces las mujeres eran quienes mudaban de forma ante el asedio libidinoso del primer burlador.

Tal el caso de Metis,
una de las Titanes,
que -ante los requerimientos de la deidad,
y el pasadizo secreto que existía entre sus deseos y la magia-
cambiaba constantemente de forma:

a veces era pájaro,
a veces potro salvaje,
a veces nube compungida,
a veces serpiente pitón,
a veces hasta llegó a insinuarse como Juno celosa
y aun Júpiter hembra.

También se transformaba en seres incomprensibles
e indeletreables:

especímenes de locomoción curva
con alas utilizadas sólo cuando había exceso de velocidad,
perros con cola, patas, cabeza y ladridos
pero sin cuerpo,
seres con estos nombres: bochados,
poliedros de mocasín contagioso,
gorgonas de gargantas griegas,

gañeños redivivos y de feraz angustia.

Metis se transformaba no para conquistar a Júpiter
-como éste con el paulatino engordamiento de su catálogo-,
sino para huir de él.

Júpiter quedaba desconcertado ante tantas transformaciones,
lo aturdí tal galería de variaciones del mismo tema,
y no sabía qué hacer.

Metis creyó también escaparse de la mirada ubicua
y deseosa de la deidad

-mensajera de su corazón perverso y monarca de sus manos-
arrojándose al, por llamarlo así, carramoto de sus metamorfosis,
es decir, de la sucesión de transformaciones

o de cambios que no eran de alcoba o de espacio, sino de ser.

Pero Júpiter se había enamorado de ella

previamente a devenir criatura

tan desmenuzada en apariciones,

cuando se hallaba aún en el ser primigenio

o en la belleza incunable,

antes de que deseara ocultar,

con el juego de mano de esas mutaciones

(que la hacían transitar,

como turista ontológica,

por los reinos de la naturaleza)

sus elementos físicos chorreantes de erotismo.

Júpiter tenía sus ribetes de filósofo

y no se dejó engañar por las apariencias.

Detrás de las mudanzas, había una esencia
-la de Metis- que, como la almendra de un fruto,
no podía ser destruida por los devaneos de las cáscaras.
Al abrir una naranja, por ejemplo, era posible olfatear,
en los gajos henchidos de frescura y buenos días,
la fragancia de la mujer entregada
al trabajo perpetuo de ocultarse.

Júpiter no sólo advirtió
cómo la esencia permanece virgen ante el cambio,
sino el fastidio y la fatiga que tenían que engendrarse,
como se engendraron,
en una joven dedicada a mudar de cuerpo
como quien cambia de camisa.

El rey del Olimpo comprendió entonces
que le era difícil transformarse al ritmo de Metis
y que además era inútil.

Temió fracasar por vez primera en su intento.

Consultó su libro del **Ars Amatoria**
y llegó a la conclusión de que ella,
en ese trajín de avatares,
de cambios precipitados,
tenía que terminar por cansarse.

Júpiter tuvo esa revelación y se transformó entonces en cama:
sensible, mullida y malintencionada.

Envidiemos la penetración psicológica del hijo de Saturno,
que lo hizo transformarse en lecho,

y aguardar, desde ahí, a la mujer deseada que,
rendida de cansancio,
tornó a su ser de siempre
y corrió a la primera cama
que se puso ante sus ojos con el objeto de conciliar el sueño.
Júpiter se había mutado en lecho amoroso,
tálamo que, apenas tuvo en sus brazos
a la dueña de sus insomnios,
logró hacerla suya.
Metis, que se hallaba exhausta de cambiar y cambiar
de una personalidad a otra,
divisó la cama apoltronada,
y vuelta a su original naturaleza
no quiso ya tener un solo cambio en su físico
-¡que no mudara de lugar ni una sola de sus pestañas!
-sino sólo ponerse a descansar.
El lecho la supo acoger y abrazar,
la supo besar y la supo excitar
en las zonas que ella tenía expuestas
ahora sin los **pudores de la guarda** cotidianos,
y la última metamorfosis de Júpiter
-la cama amorosa-
resultó un éxito memorable.

Reflexiones últimas

Júpiter sabía, pues, cómo tratar tanto a las mujeres cambiantes como a las inmutables. Tenía secretos, tácticas, sabiduría innata. No se le iba una: porque sus poderes sobrenaturales estaban al servicio de las jaquecas de su excitación, que dormitaba a veces, pero que, después, despertaba poderosa, omnipotente, mirando a un lado y otro, demandando, hambrienta, carne humana.

Pero lo más importante de todo no es el aspecto anecdótico: este sacar, dirémoslo así, los trapitos sucios de la perfección al aire de la ventilación o al olfato inmisericorde de la maledicencia. No es tampoco aprovecharse de la puerta entreabierta del Olimpo para espiar lo que los humanos, con nuestro sentimiento custodio de culpa, no nos atreveríamos a. Lo importante es que ahí encontramos los símbolos, arquetipos,

metáforas de una forma de ser
que *Leporello* veía con temor y con envidia.

Cuando, en efecto, se tiene como profesión
merodear el teléfono,
concertar una cita,
preparar las aceitunas, el queso y las tres o cuatro copas
de néctar en las rocas
-con dos o tres gotas de nepente-
y rodear a nuestra invitada con palabras-cisnes,
palabras-codornices,
palabras-lluvia de oro,
¿qué hace todo conquistador?
Apela, aun sin saberlo, al rey de los dioses.
Da a la víctima por su lado.
Reinventa el mundo.
Construye, imagina, responde a las expectativas,
los sueños o, por lo menos,
al arribo de un puñado de segundos perversos.
El padre de Minerva, desde luego, carecía de límites:
después de transformarse en diversas criaturas
correspondientes al mundo mineral, vegetal y animal,
decidió, echando mano de palabras mayores,
y aconsejado por su delirio de infinitudes,
mudarse en montes, ríos, firmamento,

caídas de agua, praderas y hasta ser
“todo orgullo con la cumbre y todo pavor con el abismo”.
Pero se tomaba el trabajo de hacer todo esto
porque la mujer o la náyade,
la diosa o la dríade,
reticente, pero conquistable,
deseaba tener frente a sí algo o alguien
en que ella pudiese proyectar
una parte de sí y cristalizarla en la fabulosa aparición
que le producía una suave dejadez
o un feroz consentimiento.
Leda se amaba a sí misma
-a su parte de cisne- en el cisne.
Dánae se enamoró de la lluvia de oro
porque, introvertida, mirando diariamente
desde su ventana el gris y sus matices,
tenía hambre de aguaceros de belleza
y Europa no podía apaciguar
los arrebatos que la embargaban,
sin un toro que, raptándosela, la arrastrara
a la ruta del placer en ascenso hasta llegar
a la cúpula donde humea el clímax
y donde un orgasmo mixto deja satisfechos
al cielo y a la tierra.

Este texto no puede tener sino una ambición:

servir de prólogo a un puñado de poemas
donde hagan acto de presencia varios don Juanes,
hombres y mujeres.

Escrito que nos mostrará que el tema y variaciones
no es únicamente una forma musical
-o la historia accidentada de un capricho-,
sino la objetivación y sus modalidades
de una forma de ser
o de desvelarse.

Júpiter Tonante: estás entre nosotros.
Nos influyes. Atrás de cada beso,
cada caricia o cada insinuación que hacemos,
tú, desde tu dimensión,
tomas cartas en el asunto
y comienzas a brindarle consejos a la mano.
No te desentiendes de los conquistadores,
de los que andan por el mundo,
con su nube de palabras en la boca,
al safari de amores o amoríos,
ya sea los reticentes,
los recluidos en el convento de su castidad
o los que -en un juego del escondite
jugado a la sombra de Eros- se ocultan en los sitios
más obvios para ser encontrados.

MONÓLOGO DE DON JUAN

Don Juan no se ha entregado nunca.

Le gusta hojear mujeres.

Ventura García Calderón

Ay, aquellos labios que abandoné a la orilla del desgano.

Ay, las rodillas de seda de mi primer conquista.

Ay, mis uñas que tañieron tantos pezones

hasta sorprender un acorde

de leche bien temperada.

Cómo olvidar el día en que las yemas de mis dedos

lograron concertar una cita

con el eslabón más débil de las pudicias de Doña Ana.

Ay, mi catálogo de piernas,

vientres, hombros,

guardarropas derrotados.

Mi lengua doctorada en las zonas más húmedas de la entrega.

Ay, mi recorrer las poblaciones,

colocar las riendas a mi libido para dejar aquí, allá,

la ahuecada nostalgia por la palma

de mi mano.

Ay, la sabiduría con que mis insinuaciones
encontraban en las arrogancias del escrúpulo
las fisuras del abandono.

Ay, la orgía de mis falanges en el arpa de las perversiones.

Recordarás, Zerlina, cuando (dándole la espalda a la
fidelidad)

alcanzaste un orgasmo en cada poro.

Ay, mis conversaciones interminables con un seno,
el madrigal fosforescente que escribí en la página en blanco
de una

espalda,

los escarceos en un monte de Venus

para hallar, si no el océano,

sí el charco indispensable en que naciera la diosa.

Ay, la piel que no daba la virtud a torcer

y que, finalmente,

convencida por las sílabas zalameras,

hacía caer desde su ventana

una escala de tacto para el pretendiente.

Ciertos doctos personajes dicen que colecciono labios,

almaceno cinturas,

ensarto en un cordel millares de suspiros,

pesco en llanto revuelto,

doy con estados de ánimo que rompen a llorar lágrimas de saliva,
y sé encontrarle el punto débil
a prácticamente todas las almohadas,
porque no puedo amarrar mi caballo a un solo tronco,
mi excitación a un solo itinerario;
porque, no habiendo en verdad quien satisfaga
al narciso interior que llevo a cuestas,
la hilera de mujeres que persigo
son la reaparición intermitente
de un idéntico espejo,
de un agua detenida para aguardar la sed
del hombre que se arroja hacia el azogue
a la busca del *eco* de sí mismo.

Ciertos doctos personajes aducen
que yo no arribo sino a estaciones de paso,
a puntos y seguido,
a ternuras postizas,
a inolvidables coitos intermedios (hechos reloj en mano),
porque sufro un sexo equívoco,
porque busco pantalones en las faldas
y hormonas masculinas en los pechos,
porque en mi ir y volver
en la pesquisa de alguien que me ayude,
aquí en la chimenea, a arrojar los pedazos

inflamables de la soledad,
voy huyendo de mí, de mi apetito,
de mis inconfesables inclinaciones
que sueñan con aplastar a los insectos,
carraspeantes de ponzoña,
de todos los prejuicios.

Los doctos personajes aclaran que cuando violo puertas,
escalo piso a piso indiferencias,
descubro en la virtud los pasadizos secretos
de la lujuria,
o estoy con doña Elvira o su sirvienta
(porque, frente a las ansias, qué le queda
a la vieja teoría de las clases sociales),
dicen que si intercambio vocales con la sensualidad
o a alaridos en brama con la pasión,
es que soy un Edipo,
un niño de nunca acabar,
un hijo que parte en busca
(a través de todas las mujeres)
de la madre pródiga.

No sé. Tal vez lo que arguyen los doctos personajes
responda a la verdad. No sé si los cerebros
pueden hojear (desde sus atalayas) la existencia,
o si a vuelo de pájaro (de pájaro entre nubes) sea posible
intuir las vivencias de un gusano.

Por eso continúo.

Ay, las palabras intravenosas con que supe asediar los corazones.
Ay, las manos azules que dejé sin tacto.
Ay, las hebras de felicidad que me obsequió el incesto.
Ay, mi capacidad de dejar sin vocablos al pudor y sus múltiples formas.
Ay, la resistencia aquella que combatí al sureste de la cama hasta hacer que se viniera al suelo.

Al mover en mi libro de memorias
las páginas de piel que la componen,
caigo en cuenta de que (a un latido
de que cierre los ojos y se halle para siempre
de luz desarrapado)
gime mi corazón, que ha de morderse
para siempre la lengua,
aullando hacia los cielos de su aullido.
Me encuentro solo. Solo y los jirones
de alma que aún me quedan.
Y ya sé que el camino más seguro
para quedarnos solos
consiste en sumar, restar, multiplicar y dividir las compañías.

A una respiración entre la vida y el receso,
entre la sucesión de lechos seducidos
y el catre de la muerte, enfermo de cansancio
(en que hasta el pulso acaba contagiándose)

Don Juan se vive solo y muere solo.
Cuando mis ademanes, en la atmósfera,
hurguen buscando manos,
y de golpe destruyan, de un solo manotazo,
la nube de millares de manos incorpóreas,
apresaré tan sólo dedos de aire.
Habrá llegado entonces el último segundo.
Y se vendrá hacia mí la nada a saludarme.

MONÓLOGO DE LA NINFÓMANA

Si hubiera necesidad de presentarme diría:
soy una mujer tan feliz
como lo puede estar el poeta que todas las noches,
al escuchar las voces de una página en blanco,
aúlla al infinito,
o como el gato que recorre el viacrucis
de la persecución interminable
de su cola.
Mujer insatisfecha, no porque se me llene de escarcha
el vello del pubis.
O porque tenga que cubrir mis uñas repentinamente
con pinceladas de excitación postiza.
Gozo como la que más el privilegio
de hacer mías las vetas más sublimes del pecado.
Sé disfrutar de las manos finas y delgadas
o del tacto gomioso que pone en la maleza
caricias venenosas;
tengo un cuerpo aleccionado a la respuesta:
senos con buen oído,
caderas que se sienten atraídas por cóncavos clamores,
hombros que saltan a acurrucarse

en cualquier insinuación sensorial de una saliva.

En realidad he recorrido enormes galerías de placer
cerradas al público.

Me he pasado durante horas saboreando un delito.

He gozado como nadie las fantasías
de la lengua.

He disfrutado infinitamente,
tras de hacer el amor con todas las prohibiciones,
al sentirme arrullada por el escándalo.

Nada me está prohibido:

ni el incesto, y su larga procesión de oscuridades,
ni el insinuar caminos ignorados
al oído de un pene.

Un día decidí arrinconar para siempre mis prejuicios
en el cajón del ropero de mi abuela.

Y desde entonces

percibo que el vigor de mi cuerpo

(más que los hombres y sus trampas de epidermis)

o el paladar corpóreo de mi tacto

(más que la sugerencia que vomita

los puntos suspensivos que conducen

inexorablemente hacia una cama)

son el prefacio al placer,

la invitación perfumada que a mí misma me envió

para hacer una orgía
donde caballos y aves se unifican
en un centauro orgásmico que baja
de golpe las estrellas.

Pero soy una mujer tan satisfecha
como puede serlo el sediento
que le pisa los pies a un espejismo.
Entre un disfrute y otro,
entre un beso y seguido y otro beso,
vivo la soledad
como una herida en medio de las piernas.
Incluso en la pasión (cuando apresamos,
a dos cuerpos,
el puñado de luz que perseguíamos)
sé que la soledad es un telón de fondo,
algo que convierte mis brazos,
mi cuello
y mi talle,
en gestos y ademanes de una actriz
que finge dialogar en el monólogo.

Mujer insatisfecha. Mujer sola.
No porque se me llene de escarcha
el vello del pubis.
O porque haya tratado de tocar a dos manos

una pieza de música en el hielo.
No porque posea unas yemas digitales polvorientas.
O porque sea incapaz
de robarle el fuego a los dioses
hacia la una de la mañana,
sino que he acabado por intuir
que mis amigos ocasionales
son entes de carne y tiempo,
hombres que a la mitad de un entusiasmo
tropiezan con su fatiga, sus principios, su remordimiento
o su hogar al que suponen
aullando por su ausencia.

La enfermedad me acosa. No sé qué hacer con este furor uterino
por la eternidad
que devasta mis entrañas.
Una mujer como yo
deja abierta de par en par las puertas de su cuarto,
también los ventanales. La puerta por si acaso alguien pretende
recorrer la exposición de crisantemos
inaugurada en mis intimidades;
las ventanas, por si un dios
(de tantos que baten sus alas en la atmósfera)
se compadeciese de mí
y me enseñara cómo poner en el zócalo de la soledad
una bomba de tiempo

que, al soltar su jauría de infernales segundos,
me regale la bendición de los escombros.

Pero me encuentro enferma.

Sola. Y mi alma vuelta cuerpo.

Con la carne sometida, por mi cuarto,
a las más refinadas torturas clandestinas.

Me sangran los nudillos. Y la aldaba que toco
afirma sin cesar su inexistencia.

Siento entonces que sube, se me sube
a la garganta el áspid venenoso
de la larga rendija de la puerta.

HAREM DE ESPERPENTOS

Don Juan no supo cómo detener
el paso de los días.
Ni dónde guarecerse
de la lluvia torrencial de segundos
que se le vino encima.
Fue entonces que,
espiando a izquierda y derecha,
como si se cuidara de que nadie lo viese,
entró con paso firme
a la tercera
edad.
A la tercera.

Al principio, los cambios fueron irrelevantes:
las arrugas de la frente,
el archipiélago de manchas en las manos
y la propensión a contar
una vez y otra y otra
la misma anécdota
-por ejemplo la de la temeridad de acceder
a un balcón desdeñoso
con la enredadera de una serenata-...

Pero después fueron incontables
las pinceladas de tiempo
trazadas en sus sienes,
sus cejas,
su barba,
su bigote
-que le daban el aspecto atractivo,
cautivador,
inolvidable
del que paso a paso
logra introducirse en el hueco
de su propia estatua.

Cuando Don Juan peinaba canas,
rastros canosos de viejísimas caricias,
también peinaba indicios indudables
de desmoronamientos
o de rumor
de ruinas.

También vivía el inconfesable aire de fatiga
que arrancaba de su voz,
de sus gestos,
de su mirada,
y parecía demandar un lecho...
Pero sólo como el sitio

donde poder dormir,
desperpear nostalgias,
destrozar a manotazos mariposas,
tener la oportunidad de escalar
con sus manos de Sísifo
siempre idéntico seno,
besar todas y cada una de las bocas
que contiene la almohada,
y sentir, a todo, las acogedoras manos
de la temperatura;
como el sitio donde poder dormir
y dejar del lado de acá,
en la vigilia,
en la orilla del lecho,
los años,
la edad,
los trabajos eróticos
de Hércules,
el ciclópeo currículum
de las resistencias femeninas
hipnotizadas por el péndulo
de un tiempo que corría
a favor del caballero.

Ya desde su más lejana juventud,
Don Juan se vio en la imposibilidad

de acallar la voz interna
que brotaba del hondón del cuerpo.
Esta voz se hallaba siempre a todo volumen:
suscitada en el prurito insaciable
del tonel sin fondo.
Las tensas ambiciones que sobrecogían de común
sus entrañas,
hubieran sido la causa de que Don Juan
viviese un prematuro
círculo del infierno,
a no ser que sus exigencias
y su tronar de nervios,
hallaran siempre en su bello físico,
su **ars amatoria** y su fama universal,
los aliados perfectos
para garantizar la puntual satisfacción
que le acarreaba
la nunca mermada maestría en la seducción.

Si Don Juan ponía el ojo en alguna fortaleza,
ésta no podía dejar de sufrir
el derrotismo de las cuarteaduras.
De ahí que Leporello llevara el catálogo
“de las bellas que amó mi patrón”
como la fría estadística
que realizan la envidia y el asombro

de las aventuras del maestro en pezones
y doctor en caderas.

¿Cómo iba a resistir una mujer
a la que cubre tan sólo la túnica del escrúpulo,
cuando toda resistencia es desabotonable?

¿Cómo hacer que las damas,
desprevenidas,
dejaran de cambiar
por las cuentas de vidrio del reguero
de refulgentes sílabas cautivadoras,
el oro de la entrega?

¿Cómo protegerse del caballo de Troya
cuando la ciudad acumula en el fondo ansias de caballeriza?

¿Cómo hacerle frente a un deseo
que toma de la mano y levanta a otro deseo?
Don Juan terminó por convertirse
en el mayor coleccionista de concupiscencias
en lo que va del hombre.

Pero no supo detener el tiempo
o, si se quiere, no atinó a vacunarse
contra el gerundio.

Y ahora,
con los ojos papujados,
los pasos inseguros,

la papada oscilante,
se diría que las aspiraciones de Don Juan
han sido abandonadas,
dejadas de la mano de Dios
o a la deriva en los flancos oscuros
de la brújula.

Mas todavía disfruta
de indudables riquezas en su haber.
Es verdad que la prestancia de otros días
ha sido victimada por la amnesia del espejo
o también que la belleza
se asfixia inexorablemente
en su caricatura.

Sin embargo,
a pesar de las devastaciones que el reloj
ha fraguado en sus dominios,
su renombre,
su experiencia
y una audacia que sabe arrinconar a los celos,
le permiten aún algunos triunfos.
¿Quién iba a decir que la chiquilla de quince abriles
que hablaba el amargoso lenguaje del desdén,
le abriría de par en par los huecos
de la entrega?

¿O que la joven esposa,
que urdía ya en su vientre sus mendrugos de niño,
consintiera en calzarse,
sin culpas de por medio, su mal paso?
Durante algunos meses,
Don Juan salió a la pizca de milagros.
A rogar a lo imposible,
de rodillas,
cesar en sus rigores.
Mas después,
poco a poco,
se fue quedando a solas
con el aire angustiado de sus manos vacías.
Ni la ciencia de la seducción,
ni el prestigio universal,
le sirvieron.
La lámpara de Aladino agotó sus virtudes
y acabó por tener sólo la lucecilla miserable
para alumbrar su impotencia.

La imaginación vino entonces en su ayuda.
La cacería,
tras de amordazar la costumbre,
cambió de blanco
y el instinto sabueso remodeló
su brújula olfativa:

el Burlador decidió ir en pos de la muchacha gorda,
de la tuerta,
de la coja
y de la enana.
La imaginación vino entonces
en su ayuda.

Hay quien afirma que en este desfiladero del ridículo,
Don Juan proseguía sintiéndose
el amante perpetuo,
el hombre que sabía forzar,
con una explosiva mirada de reojo,
los rigores de una puerta
o la duda asustadiza de un prejuicio.

Después optó por incluir en su lista
una que otra mujer ya muy entrada en años.
Y es que sin duda hay ancianas
que, en medio de las ruinas de su cuerpo,
han podido conservar la soberbia a dos voces
de sus senos.

Hay mujeres que lo han perdido todo:
la línea,
la frescura,
los escondrijos todos de lo bello.
Pero tienen,

guardado en la despensa del recato,
el más hermoso pubis de la ciudad entera.
Canoso, sí.
Mas rizado por quién sabe qué dedos invisibles.
Cálido y suave,
como el mejor estado de ánimo del terciopelo.
Y es que sin duda,
aunque existen viejas arrugadas,
sin dientes
y que pueden solamente desplazarse
si un bastón les da la mano,
vistas de cerca, cara a cara,
entre ojeras hendidas y párpados hinchados,
lucen una mirada inmarcesible,
impenetrable casi a esas sentencias de muerte
que llevan al calce
la firma del cronómetro.

Don Juan seguía insistiendo.
La voz de su organismo palpitante,
continuaba velando sus súplicas
(de pesadas rodillas)
con un ropaje de órdenes que se daba a sí mismo.
Y él iba de una cita a otra y otra,
intercambiando visos semejantes
de derrumbe,

mechones sin raíces
o trozos de epidermis,
con brujas, espantajos,
adefesios.

Y aunque al final tuviera
–verdadero sultán en su harem de esperpentos–
las manos barnizadas de carroña,
él prosiguió creyéndose
el perpetuo salteador de descuidos y virtudes.
Don Juan seguía insistiendo...

Cuando accedió por fin a su agonía,
y cuando el convidado de piedra de la lápida
podía suponerse ya en camino,
nadie supo decir si los sonidos que emitía su aliento
eran estertores de muerte
o jadeos de orgasmo.
Pero tal vez Don Juan,
seductor asimismo de la muerte,
se imaginó que estaba,
al fallecer,
no rindiéndole cuentas al vacío,
sino ampliando su lista interminable
sólo con otro nombre.

QUEJAS DE DON JUAN

En uno de los lances, fue la vista.
Todo el ambiente se hizo claroscuro.
Después perdí los brazos y fue duro
no poder abrazarme a mi conquista.

Los órganos internos en la lista
continuaron, la sensación fue un puro
vacío bajo el vientre y es seguro
que para tal pesar no hay exorcista.

Me arrancaron nariz, ojos e historia.
Víctima de zarpazos asesinos
vivo el desmoronarse de mi gloria.

Así, deshecho, me acerqué al abismo
y, diezmado por dientes femeninos,
no conservo un mendrugo de mí mismo.

LA SEDUCTORA

Qué bien saben decir la belleza
los contornos de ese cuerpo

Decirla

Vociferarla casi
situarla entre sien y sien
a la altura de las ecuaciones perfectas

Qué sorpresa del espectador

Qué parvada de pupilas
salidas abruptamente de sus ojos

Qué manera de poner entre paréntesis un milagro

Qué orgasmo

hincado de rodillas ante su propia cumbre
en acción de gracias
por su virtud de arrebatarse un trozo
al firmamento

Qué criatura dada a luz

por el semen-artista

que halla en el óvulo

la materia prima

el barro

donde inventar un ángel

Nació

como Venus de su mar de placenta

Y se diría

que antes de nacer

habíase aprendido de memoria

los rumores y el santo y seña de lo perfecto

Tenía todo

un cabello oscuro

undoso

perfumado

que a la menor provocación de un scherzo de brisas

intentaba fugarse

con un fuerte aleteo oscurecido

Un cuello que le brindaba carne a lo indecible

Una piel de apretada ambrosía

Líneas

curvas

circunferencias

que llevaban a las pupilas del poeta

a anticipar los gestos

de la mano

En esta epidermis no era posible descubrir
manchas

pecas

lunares

esos centímetros enfermos en que se aposentan las erratas
o en que la vejez va levantando los cimientos
de sus ruinas

La niña

ya mujer

con senos terrenales

(encinta de concupiscencia)

y pezones de diosa

ponía a apacentar sus encantos

en tierras colindantes

con lo sublime

Era bella También graciosa

Y la gracia

el perfume de nomeolvides de los cuerpos

le gana a la hermosura

de las líneas

los volúmenes

el carnaval de los compases

por un paso de danza

El río es más gracioso que el mármol

la palabra saltarín más que el vocablo alpinista
el guiño de ojo
 más que la pupila hipnotizada
por las letras de tamaño decreciente del oculista
que nos dicen
 la cantidad de mundo
que nos invade
la flor sacudida por el céfiro
 más que la rosa momificada
por los poetas metafísicos

Y si además de la apoteosis de las formas y la gracia
(las costumbres del mármol
 y las manías del céfiro)
se luce un rostro modelado
por un código genético en la mejor de sus vivencias
una risa que al estallar
vuelve menos incómodo el universo
una inteligencia felina
que trata al ratón y su agonía
 como bola de estambre
y un porte
 unas palabras
 unos gestos que suben
 hasta ubicarse en la cúspide del carisma
se trata de una mujer única

moscas de alas empobrecidas
en el arácnido designio
de sus redes perfumadas

Nadie que le agrade
que tenga entre ceja y ceja
 que se encarame a su hipotálamo
que lo sueñe deambulando su monte de Venus
se le va de las manos
de la celada del flirteo
 del rumor concupiscente de la insinuación
Delgados gordos campesinos poetas
 monjes budistas mayordomos
pintores decadentes individuos de edad indefinible
Lo mismo el hombre maduro
que carga brochazos de experiencia en las sienes
y escucha de común los consejos de sus canas
que el impetuoso joven que la observa
como
 desde la primera fila del asombro
ven los espectadores un portento
Lo mismo el varón receloso
 que pone entre paréntesis sus ansias
y piensa que ha logrado convertir
su pene en eremita
que el muchacho fogoso

que
casado
cree que contrajo nupcias con la fidelidad
cuando simplemente
lo hizo
con el sí de su novia

Pero
en un abrir y cerrar de ojos
hubo una imprevista avalancha de tiempo
y zás todos los poros de su cuerpo envejecieron
La juventud alzó la mano
abordó una polvareda
y se fue hacia el pretérito

Nada había de nuevo bajo la música de los astros
ni del cenit de su propia cabeza
Lo acostumbrado seguía como fiera en su jaula
olfateando de vez en vez
el olor de sus barrotes
masticando la goma de mascar
de su rumiar sin término
salvo
salvo que ella había echado carnes
tejía y destejía sus olvidos
había envejecido al parejo de su calendario

tenía mil ímpetus aún mas todos encorvados
se había arrugado un poco

 sólo lo suficiente
 para saber que la juventud
 hablaba ya otro idioma

y las ojeras

 que fueran en su día pinceladas de lirio
habían sido reemplazadas

 por dos bolsudas carnosidades
que buscaban silencio pero que daban gritos
 tras la máscara de polvo y colorete

Pero la mujer no podía despertar
volver en sí reconociendo

las pesadillas de su carne
o las estridencias en el minueto malhadado
de su prístina gracia

La tercera edad ay la seguía a todas partes
como perro faldero

Y ella no sabía cómo maquillar la caducidad
u ocultarla en quién sabe qué vocablo
ni hallaba cómo disfrazar la papada

 que parecía ser el cesto piadoso
de su nudo en la garganta

La verdad es que ella nunca se había interesado

por el cuento de terror que narran
los tic tacs del cronómetro

 por los instantes o los siglos
por ponerle un grillete de tiempo a su pulso
con un reloj de pulsera

 por los **feliz año nuevo** ateridos de muerte
por los vinos añejos
de cosechas olvidadas

 por llevar la cuenta del latir obsesivo
de la gota en el asfalto

La finitud jamás le había provocado insomnio
 ni nunca de los nuncas había soñado con la nada
Pero ahora la avalancha de tiempo
la dejó rodeada de gerundios
abrir y cerrar de ojos
estertores de instantes

Era muy pulcra
 cuidadosa
y no podía dejar de conservar limpios
 muy limpios

los estragos del tiempo
A su pesar el único sitio en que la juventud se tardó en retirar
fue en sus ojos
que siempre

sin que sepamos cómo
parecían recién nacidos estrenando mundo

Seductora

ahora era seducida por los perfumes
y su afán de desmaterializar a los cuerpos
de hacer que ellos se rodeen del aroma
que al ausentarse dejan

en el hueco de su ausencia
los ángeles

Seductora

se embadurnaba de pintura labial
con plastas y plastas de artificio
como la vieja puta
que trata de vender su mercancía
descompuesta
magullada
venida a desilusión
aposentada casi en las inmediaciones del asco

Seductora

en su cabello de entreverada leche
no dejaba de usar tinturas y tinturas
empeñadas en velar
con el auxilio de la dudosa luz del día

el secreto de los años
el pergamino de su acta de nacimiento

Ella se imaginó poder así meterle zancadillas
a la fugacidad

Pensó que un riachuelo

si astuto

debe saber la forma de remontar su curso
des-vivirse

soñando en la placenta remotísima
del manantial preñado

donde tuvo

lugar su alumbramiento

desdecirse

desembarcarse de años

Creyó poderse liberar de las toxinas del tiempo

Que su corazón latiera en reversa

Pero ya no logra

no

su propósito:

ya no es dueña

de la frente en alto y la mirada invicta

Ya no consigue rasguñar el corazón de nadie

Ni pasa por el mundo

repartiendo excitaciones a izquierda y a derecha

Ya no hay quien se imagine
 como antes
que crece su persona su fortuna
o que ha dado con el pasadizo secreto al paraíso
porque le roba una mirada
un beso
un número telefónico

Hoy algunas personas la divisan
sienten piedad por ella
 Algo en su corazón se desmorona
Abren un hueco en el pecho
para dar cobijo a la lástima
que en posición fetal muerde y remuerde
nuestra carne

Pero mientras ella
 entusiasta
siente que ha logrado hacer una reedición de su belleza
que ha logrado enmendarle la plana
al pretencioso orgullo de lo inexorable
o que supo llamar
 con acuciante grito
a su juventud
y fue escuchada
otras personas

y entre ellas un poeta
 con el lápiz en ristre
la ven haciendo el ridículo

Y hacer el ridículo es pretender enjaular
una porción de viento
 Imaginarse poder engañar al destino
dándole la dirección equivocada
 de nuestra habitación

creer
 en la silla eléctrica
que el indulto llegará más pronto
que la electricidad
ponerse a caminar sobre las aguas
 con el solo nombre de Jesús
entre los labios
o colocarse postizos que fingen dureza y lozanía
sobre un charco de arrugas

No existe mujer escapatoria
Aunque trates de no mover un músculo
para deshacerte de algunos años
 aunque te prohíbas reír
para no perder la partida con la mueca invasora

Aunque te hayas vedado

fruncir el entrecejo al espejear un disgusto
para hacer que la ancianidad no se sienta con derechos
de tenencia

Aunque camines erguida
para prohibir que el camello ridículo y tristísimo
que guardas en ti misma
se eche a andar en el subrepticio desierto
de la tierra que pisas

No existe escapatoria

No

De verdad no existe

Ni hay afeites mi amiga que corrijan

 el rictus de la muerte

el retrato del rostro en su expresión postrera

La última pincelada.

TERCER ACTO

Dio un paso más

escribió la biografía de sus huellas

y encaneció...

Le interrogó a sus manos que qué habían hecho con las otras
las diligentes

las indiscretas

las asesoradas por la juventud

de sus malas intenciones

Las que no se fatigaban de deslizar

en la piel de la entrega

caricias y caricias arpegiadas

Encaneció sobre todo en las neuronas

Envejeció en los intersticios de sus ímpetus

en sus deseos de última hora

y en la yema de sus dedos fascinada

con el álgebra cambiante

de las posturas

Carajo

se dijo

mi saliva es ya la saliva de un anciano

de un individuo que celebra un año más
de su temor a la muerte

Gembundo

arrastrando la cobija de su sombra
disecando pedazos de pretérito
empezó a pasar lista a sus infortunios:
antes que nada
reconoció
que ciertos litorales de su cuerpo
habían sido ganados por el polvo
que hasta sus lentes sufrían de miopía
que prefería una taza de chocolate caliente
arrellanarse en su mejor vivencia
y sentir a su lado el zumbido arenoso de las moscas,
a arremangarse la camisa
mostrar el pavoneo de sus músculos
y lanzarse al heroico duelo de siempre
con los dragones olfateados por su lanza

Ya le dolían el riñón
el estómago
Dolencias efímeras reprimidas
con pomadas de tacto
¿Olvidar las perversiones añejas

endulzadas por el consentimiento?

Imposible

Aún disponía

en el autoconvencimiento de la supervivencia

erecta

del impulso

de un acervo cuantioso de palabras concupiscentes

dedicadas a la seducción de las más ariscas actitudes

de la santidad

Recordó a una mujer y otra y otra

Se le humedecieron las mejillas y los bordes del alma

Frente a la carne real

qué carne tan pobre

tan invisible

es la del recuerdo

No existen

por Dios

recuerdos de carne y hueso

Todos tienen una carne desvaída

fraudulenta

venida a menos cero

sin un gramo acariciable

II

Aquí

cabe mis órganos internos

Don Juan se me desmaya

Sus brazos se debilitan:

no son capaces ni siquiera de cargar sus viejos músculos

su nueva fatiga

o llevar al resuello

al sofá del reposo

No pocas veces se pasa de sol a sol

inventariando sus múltiples

pesares

Si una mujer

por alguna rendija del espacio

le abre un sueño

¡cómo le pesan las manos!

Cómo le pesan

a él que había creído

hallar la cuadratura

del círculo vicioso

la espalda

pero también los senos de la argucia

y la hipócrita celada

al felino incendiado

del deseo

Sin embargo

ya no se mortificó
por haber olvidado ciertos amores
Ya no se mesó los cabellos por tantos números telefónicos
que se llevara el viento
Ya no fue a los panteones con el propósito
de desenterrar cadáveres sin rostro

Pensó en las mujeres que recordaba
en las que irrumpían en su conciencia
dándole a su presente

a su río coagulado

un aire antiguo

un enigma resucitado al tercer día o a la tercera edad
una música con la sordina de lo ido

Pensó en el gineceo de su memoria

en los raigambres de mujer que cargaba en las entrañas
Cómo olvidar sus lances con la joven
que

salvo en un punto escondido y ensortijado
era una sucesión de consentimientos
y de besos a medio hacer
o con la muchacha aquella
que
como un fósforo

al mero roce del dedo
 mostraba la llama inquieta y devoradora
 de su excitación
 Cómo dejar de lado su aventura de no acabar con la sirena
 enamorada de su propio canto
 y con aquellos pechos
 que ejercían su poder hipnótico sobre él
 y a los que vivía
 como los dos momentos de la oscilación
 de un mismo péndulo

Dio un paso más y encaneció
 Pero tornaba a las andadas del pasado
 Allí había cabellos
 casi rizos de perfume
 Caderas cinceladas por un delirium de la geometría
 Ramajes de palabras que se deshojaban de sílabas
 y florecían de besos

Amenazado por las pirañas de sus glóbulos blancos
 sabe que no puede salir a la calle
 como un prófugo del tiempo
 para ir en pos de cualquier reticencia perfumada
 Le duelen los músculos
 las coyunturas
 el flirteo imprevisto

los requiebros montados en remotas nostalgias
la marmórea cadera que se escapa de sus manos

Qué fácil es diagnosticar su padecimiento:
oclusión amorosa en las coronarias
trozos de piel anestesiados
embarco

sin la tierra firme de una brújula
en la travesía marítima
del mareo
apuñalamiento de punzadas
versos atragantados que le arrojan
a un hipo interminable

Cojea
se le fractura el itinerario
que conduce de Dona Ana a Zerlina
de la dama que presume tener anticuerpos eróticos
a la campesina que diseña su ropa interior
con hilados de ademanes y retazos de sábana
de la pudorosa que busca nubes para velarse luna
a la anciana que es niña todavía en la entropierna

Tiembla

suda

desfallece

y entorpeciendo con su vestimenta
los malos hábitos
del burlador de Sevilla

No le era dable ser o imaginarse otro
del que fue siempre
Un guardabosque
por ejemplo
un hombre que tañe su laúd en una cueva
un artesano que se pone un lente en un ojo
para escudriñar las intimidades del tiempo
Tenía que vivir y agonizar al pie del cañón
o de los labios
o de la cintura
o de la curva concupiscencia de su desvarío
Por eso murió pensando en la mujer
deletreando el eterno femenino
deshojando margaritas
por los siglos de los siglos

IV

Amigos y amigas
acompañenme por favor a su velorio
Guarden silencio

Pueden pasar de uno en uno a ver su cadáver
Ninguna parte de su cuerpo nos recuerda la vida
Que no haya

no

ninguna mujer

que mantenga esperanzas
Hoy es sólo un despojo de células muertas
y coágulos de olvido

Ya encargué el ataúd

Amigas

amigos

acompañenme a velarlo

Ayúdenme a darle la despedida

a cubrirlo con un sudario de adioses

Pónganse a la orilla o a la oreja de mi angustia

a brindarme consuelo

Se nos ha ido

Ni modo

Así son estas cosas

Yo

el hombre

tenía que sobrevivirlo

Créanme: yo no atenté contra su vida

Nunca puse a sus pies

su atracción por el abismo
Ni él llegó a acariciar la idea
de la máxima expresión de libertad que es el suicidio
Créanme
Murió de muerte natural
sin el menor indicio de fatiga en los pulmones
Su corazón era más débil que el mío

unos pocos centímetros más pequeño
que el puño de mi mano
con menos fuerza en el haber
de sus impulsos

Su síncope
porque murió de síncope
lo tuvo al interior de mis ventrículos
de la válvula de instantes que murmura en mis adentros
de un pulso enamorado del silencio

Soy su sobreviviente su ser venido a espectro
De algún modo: su huérfano intestado
Si estoy sepultándolo en mí mismo
y no en la tierra
es para no olvidarme de la vida

Supo morir

Lo hizo serenamente pues sabía
que le era imposible florecer en un mundo despoblado
de mujeres

Falleció

consciente del todo
de que le había llegado su hora:

murió pensando en su epitafio.

ARS AMATORIA

Dícese que nació en Sevilla
y que
por razones zodiacales
(que espolvorean al destino con su polvo de estrellas)
se convirtió en burlador
en Don Juan
Miguel de Mañara
Casanova
Marqués de Bradomín
o

en el nivel que sea
en el autor de estas líneas
o en el lector (o lectora)
de ellas
Pero podría haber abierto los ojos
en cualquier capital
del universo mundo
donde existan mujeres
o al menos la fragancia de ellas
o su rastro
o su memoria
Y en que los íncubos de la excitación
se despierten

a la hora de dormir
pongan bajo la almohada
o la cama
los principios morales
y permitan que el clítoris aülle
en voz baja
su apetencia

Podría hablarse de la precocidad del sujeto
porque en días se le descubrió
echando mano de la sierpe
enredada en nostalgias
con su madre

No pocas veces vio de reojo al incesto
como quien se enamora de las letras
que forman el vocablo
de lo prohibido
E ignoro qué murmurios
no registrados en su crónica
le deslizó a los pezones
erectos
de su origen

Vino en fin al mundo
con las aptitudes que todos le reconocemos
Y hasta se podría asentar

que empleó el tiempo del embarazo
(cuando era un feto rodeado de nubes
de soles
y de estrellas)
para hacer tuyas las tácticas del **Ars amatoria**
con un “eureka” temblándole en los labios
Así como algunos nacen enamorados
de los átomos y las maravillosas y secretas intimidades
que ocurren en los ápices geométricos
de sus invisibles galaxias
otros vienen al mundo con un oído tal
que pueden decirnos en qué tono
 se encuentra el viento que nos despeina las sienes
y otros más
 con amor por las aves
se preocupan por la afonía de los jilgueros
el autismo emplumado de los búhos
 que son nichos de silencio en las ramas de los árboles
los huevos que se caen de su nido
y muestran que la clara y que la yema
no llega todavía
a la gloria de las alas

él nació con la inclinación incontenible
a conquistar mujeres
tender celadas

y apresar al mismísimo viento
cuando arrastrara gestos femeninos...

Nuestro hombre se hallaba enamorado
no de las hembras

sino de su seducción

Frente al seno materno
urdió sus primeras artimañas y rodeos estratégicos
y la sonaja enmudeció su algarabía
ante el chillido del pequeño
que era más bien el ulular de un lobezno
demandando la presencia
de su luna de leche

No era guapo
sus facciones eran toscas
como de macho cabrío civilizado
creadas por genes perniciosos
a los que habían dado rienda suelta
el abrazo de sus padres

Robusto sí

Pero desgarrado
como percha cansada de su cargamento
de epidermis

Algo indudable: poseía
una personalidad fuerte que le nacía en los huesos

cajas de música

con la música de los astros

Convertido en poeta

es un demiurgo de palabras

que coloca a la vera de la mujer

países lejanos

animales marinos

príncipes azules

amarillos

y violetas

Toda la flora y fauna de la fantasía

Su fealdad no es ningún obstáculo para sus conquistas

Su fuerza no está en los músculos

los ojos

la nariz

o el vello que le pone

brochazos de ferocidad en el pecho

sino en la palabra

Sus palabras enceguecen a las jóvenes

les tuercen el gusto

el sentido de realidad

y las hacen ver la oscuridad

sólo como un estado de ánimo de la luz

Sus palabras

modifican lo real con el decir:
la última letra de cada palabra
nace en compañía
de un trastorno natural
Sabía pronunciarlas con la mujer escogida
en el momento oportuno
cuando ella sentía hambre y sed de esas sílabas
que nacen a la orilla
de apetencias innombrables
Y nuestro hombre
al soltarlas
ponía el cielo entero a los pies de la mujer
Sabía convertirlas
y por ende convertirse
en lluvia de oro
para salvar la torre de cualquier cuerpo
penetrarlo al inicio por la oreja
excitarlo
conducirlo a los bordes de la cama
despellejarlo de la piel reticente
y poner en su lugar
la arcilla blanda del consentimiento
Impulsar a alguna zona erógena a convertirse en misionera
de las otras
Decirle al corazón femenino caja fuerte
y quedar el burlador ahí apresado

vuelto obsesión femenina
 insomnio con urgencias
idea fija de la sangre
coagulada en las arterias

Sus palabras
destinadas a esconder su físico
de varón feo y tal vez desagradable
y a mostrar cisnes o águilas
que se deslizan por el agua o el cielo
de la alucinación
la fantasía
la creencia

Pero con la conquista termina el deseo de Don Juan
Qué fresca y deliciosa sabe el agua
(cuando se ha tenido que recorrer un desierto
en que
 incluso
 todos los espejismos se han evaporado)
al dar de pies a boca con el surtidor generoso
 y despilfarrado
que entrega sus doblones
 contantes y sonantes
al pordiosero de agua
o con la cantimplora

su síntesis manuable
que es el ángel custodio que protege al peregrino
de la sed que en los labios introduce
un anuncio del averno
Pero después el agua fastidia
No queremos oír hablar de manantiales
Hasta la palabra rocío nos disgusta

De diosa

la mujer conquistada
se convierte en un cero a la izquierda del entusiasmo
en cosa conocida
senos que uno se sabe de memoria
misterio que se disipa al momento
de abandonar la cama
Memoria donde colgar el olvido
la indiferencia
la espalda de este don Juan
que se aleja a la búsqueda
de otro reto
otra resistencia
otra puerta
otros principios morales cancerberos
y una colección de muslos sorprendidos
guiños
vientres

tactos en el suplicio del insomnio
o mujeres que esperan la llegada de un príncipe
(o un mendigo de sangre azul)
que se lleve a caballo
sus dudas
sus prejuicios
su fidelidad
las palabras imborrables de su madre

Mas entre una mujer y otra
el seductor sufre una epidemia
de carne viva
Siente que las cadenas carcelarias
imitando a su sombra
van con él a todas partes
Su prisión está hecha de una fila infinita
de mujeres
Su dolor más profundo se concentra
en las páginas blancas de su lista
Catálogo se llama su grillete
No es sin embargo un penar sin fin
como el del que llega a chapotear en los espejismos
o el de los condenados de un infierno
que carece de un solo manantial de agua fresca
o el del ciego que
por hallar la luz

hasta llora sus pupilas
Había momentos gloriosos
momentos corazón en paz
momentos orgasmo
momentos amor propio
momentos resistencias vencidas
por el arte
la ciencia
o el embrujo
Había momentos sin tiempo
momentos en que el amor
untaba las epidermis
 con su aceite de placer

Sobrevino la edad
y las arrugas pidieron la palabra
Se le desmoronaron ciertas partes
de sus órganos internos
Su congénita fealdad
 se apoyó en uno de sus pies
y dio un salto hacia su caricatura
Se le mermó el oído
la vista sufrió un desfalco de horizontes
El vigor se le escapó del cuerpo
como a un Hércules
canceroso

Dejó de andar

como antes

recta y esbeltamente

y al parecer salió triunfante el jorobado

que vive agazapado en las entrañas

Se podría pensar

Júpiter ha perdido

Casanova ya sólo redacta sus memorias

El postre de la cena de Don Giovanni

ante un trémolo compartido por las cuerdas y Leporello

va a aparecer: se trata del infierno

A todos los don Juanes les llega la hora

de inhumar sus poderes

hojear lentamente sus nostalgias

vivir si hay que vivir como un recinto

donde habitó el que fue

A todos los don Juanes les llega la hora

de sepultarse en vida

en cuerpo

en impotencia

y proseguir la ruta como espectro

como hombre con amnesia de catálogo

Pero Don Juan

estuvo lejos de deprimirse

por esa conspiración de la carne y el tiempo

Algo

en medio de las ruinas

había conservado:

la palabra

el hechizo de unas letras esculpidas

en quién sabe qué ventrículo de su numen

la capacidad de mostrar ante los ojos femeninos

la isla de Citerea

crepúsculos de nunca acabar

tálamos que

perdiendo sus fronteras

se continúan en montes campos ríos firmamento

Algo había conservado:

su **Ars amatoria**

su magia

su poesía

El cuerpo estaba atrás de sus talentos

callado

reducido a ser montura del prodigio

Y nuestro hombre

dueño

como siempre

de su ciencia

de su arte

de sus palabras
de su **Ars amatoria**
continuó siendo el burlador
de siempre

Las jóvenes olvidaban su cuerpo
al escuchar su lengua
 No tenían modo de defenderse
ante el hombre que sabía sacar del caos
lo anhelado íntimamente por ellas
Ante el hombre que
 a cambio de la entrega
las citaba a las puertas de la dicha

Este Don Juan gozando y sufriendo
sufriendo y gozando
se pasó la vida entera
 Murió con un cuerpo
 oloroso a mujeres
La vida fue benévola con él:
si en su bregar por el mundo fue un Júpiter redivivo
él pudo despojarlo del drama
 hecho por las innúmeras escenas
 capítulos
 avatares
de la inmortalidad

Nació y murió como un ser único
como un Don Juan
de nunca acabar
Quién es quién para negarlo
Sólo cuando su pulso se aproximó al silencio
su libido
cerró
por fin
los ojos.

SENECTUD

Cuando Don Juan llega a su plena ancianidad,
no tiene más remedio que convertirse en Narciso.
Carece ya del poder seductor y la belleza
de sus mocedades o la madurez
-cuando dejó un reguero de huellas digitales
tatuando no sé cuántas memorias femeninas.
Ahora ya no hace citas amorosas sino consigo mismo.
Ya sólo le responde La manuela
-leal como el agua pura del arroyo
a la vanidad curiosa-
que es el eco fiel a sus hormonas encanecidas,
pero aún, a Dios gracias, militantes.

ÍNDICE

EL PRIMER BURLADOR Y OTROS DON JUANES

EL PRIMER BURLADOR

	Pgs.
I. Aracne	2
II. Incesto en el Olimpo	11
III. Júpiter y Europa	18
IV. ...Y Dánae	23
V. ...Y Leda	31
Júpiter y sus conquistas	36
Júpiter y Alcmene	41
...Y Semelé	43
...Y Latona	44
Otras conquistas	45
Júpiter y Proserpina	46
...Y Eurinome	47
...Y Ganímedes	48
Su prole	49
Júpiter y Metis	50
Reflexiones últimas	54

Y OTROS DON JUANES

Monólogo de Don Juan	58
Monólogo de la ninfómana	64
Harem de esperpentos	69
Quejas de Don Juan	79
La seductora	80
Tercer acto	94
Ars Amatoria	106
Senectud	121